

EL MUNDO DEL LIBRO

Escribe: AGUSTIN RODRIGUEZ GARAVITO

Uriel Ospina

Problemas y Perspectivas de la Novela Americana.—Ediciones Tercer Mundo.

Tiene Uriel Ospina la pasión de ahondar en el drama americano. Algunas de sus conclusiones son excesivas. Particularmente las relacionadas con la que hemos llamado "novela del paisaje". El autor de "Problemas y Perspectivas de la Novela Americana", parece olvidarse de que América recibió influjos culturales que, en cierta medida, preformaron su sensibilidad y su manera de situarse frente al mundo. No han sido nuestros novelistas autónomos para ejercer su tarea. Aquello de la robusta cepa cultural y artística de los pueblos pre-colombinos está aún por aclararse. Continente joven, la hazaña, lo descomunal y misionero de España ha tenido mucho que ver con nuestra tarea. Nadie puede escoger libremente las rutas. Particularmente en una época en la cual existía un distanciamiento completo entre formas universales del pensamiento y la hazaña modesta, regional, caliente de adivinaciones tropicales, del escritor americano. En verdad, el romanticismo fue el Alfa y el Omega de toda nuestra vida intelectual. Y el novelista, carente de conocimientos de la humanidad, con su parco equipaje de análisis, se exteriorizaba jubilosamente hacia lo telúrico y abismal de América. Nuestros novelistas han naufragado en un mar de palabras. Esto es cierto, como también la importancia fundamental que le han dado a lo formal. Por eso algunas novelas americanas son poemas en prosa, cantos gregorianos, iluminaciones literarias de una rica plasticidad. Pero no debemos achacarlo a su desgano por estudiar sus personajes a la luz de un criterio científico. Ya que la técnica, el psicoanálisis, el confrontamiento del YO con lo desgarrado y doloroso de toda vida, la frustración íntima, el monólogo interior, son formas intelectuales que permanecían selladas y lejanas para los novelistas criollos físicamente ahogados entre la maraña tropical. Paisaje y costumbrismo eran los soportes de toda novela. Pero es preciso no olvidar que toda literatura tiene sus días adámicos, la primera luz del paraíso. Nuestros novelistas no podían seguir la huella de Dostoievski, precisamente porque no veían en torno suyo sino un mundo fantástico, la teogonía, el chamanismo, todo lo que es embrujo.

Pero no obstante ello, en novelas como "Doña Bárbara", "La Vorágine" y "Don Segundo Sombra", alienta un poderoso impulso vital, y el frustra-

miento de los seres humanos es una verdadera inmersión en el mundo psíquico. Doña Bárbara, Arturo Cova obran dentro de la novela con autenticidad. Vemos sus quemaduras, asistimos a su fracaso. "Me voy como quien se desangra", dice el duro personaje, canto lírico, rebote de formas sobre la dura costra de la tierra. Tienen humanidad, están ahí frente al lector con todas sus condiciones de hombres. Alta soledad que no es únicamente romanticismo.

El estudio de Uriel Ospina tiene la ventaja de afirmar muchas verdades que eran preciso consignar en un alegato intelectual de primera calidad. De Ospina podemos sentirnos distanciados en muchas apreciaciones sobre la novela en América como en su hora lo estuvimos de Luis Alberto Sánchez, en su libro "América, novela sin novelistas", pero es preciso reconocer el hecho de que escribe con pasión intelectual, no rehuye la polémica y saca a flote algunas tesis que son ciertas y valederas. Como lo afirma no podemos seguir viviendo de prestado, paladeando la literatura europea, sin tener en cuenta la autenticidad de un criollaje que pide su propio rumbo, mientras los sonos del gran mestizo, puntean el paisaje, bronco de voces airadas y de esperanzas muertas. Ospina considera, con justa razón, que nuestros novelistas trabajan sus libros apoyados en la suntuosidad del adjetivo. En esto no andan descaminados quienes piden a gritos mayor sobriedad en la novela. Pero no ha sido posible lograr la economía del lenguaje, acaso porque el novelista carece de autoanálisis para despojar a sus criaturas de tanto oropel. En esto también han incidido el tropicalismo, la manía de confundir géneros literarios tan dispares como la oratoria y la novela. El mismo caso de Ciro Alegría a quien se refiere el autor comentando su obra "El Mundo es Ancho y Ajeno", considerándola más sobria que otras, se podría tomar como denominador común de la novelística americana, pues, en el peruano insigne también la magnificencia del paisaje, la desolladura mineral, el silencio de siglos, el azul de los carambanos, la tétrica grandeza de los volcanes, le permite escribir como si estuviera pintando.

Todos los fenómenos que analiza Ospina son, a nuestro juicio, consecuencia del colonialismo literario a que han sido sometidas nuestras letras. Y no es culpa del escritor alimentarse de cietras fuentes que son las más inmediatas. Ojalá la autenticidad fuera su común denominador. Casos patéticos como el de Enrique Amorín en su novela "La luna se hizo de agua", quien, en el primer capítulo nos entrega una visión homérica del gaucho florido, para llegar en los siguientes capítulos a una lamentable claudicación, pues, envuelve a sus personajes en cierta vaga atmósfera parisiense que demerita la novela, Este libro de Uriel Ospina debe ser leído y comentado.

Edmundo Rico.

La depresión melancólica en la vida, en la obra y en la muerte de José Asunción Silva.—Imprenta Departamental.—Tunja. Colombia.

La personalidad de José Asunción Silva, unida a su obra literaria, sigue convocando la meditación de muchas gentes de letras. Esto demuestra el

impacto que su poesía, su tristeza, el árbol de la agonía en que fue alzado por las gentes de su tiempo para escarnio y befa, son algo más que simple anécdota, recuerdo de un soñador triste, de barba nazarena, florida rosa sentimental y evanescente calidad cuando somete a las palabras como rebaño de estrellas, a su mandato imperioso. Este libro del ilustre profesor Edmundo Rico, traza nuevos caminos hacia esa vida que pasó obscuramente entre sus conciudadanos, en un tiempo gris, monocorde tirado a cordel. El profesor Edmundo Rico maneja una prosa de ricas esencias, sin concesiones a la beocia, ni a quienes consideran que el estilo literario, carece de importancia cuando se trata de acentuar los rasgos de una personalidad. El profesor Rico ha tenido la pasión de la frase aguda, incisiva, taladrante como dardo. No se deja llevar por la línea curva, que nos reconcilia con el llanto y la piedad. Su estilo que le es tan personal, semeja un estilete. Corta y punza. En este ensayo predomina la búsqueda de un alma. La de José Asunción Silva. Uno de los poetas mayores de la lírica colombiana, atormentado hijo de Becquer, lector de Baudelaire y Verlaine, de Huysman y otros sacerdotes de un tiempo lírico que ha caído en desuso, era apenas normal que su sensibilidad fuera trabajada por el romanticismo, ese ajeno que bebieron espíritus que tuvieron de la vida un concepto difuso y hermoso como una luz en una brumosa lamparilla.

El profesor Rico al analizar la vida de Silva, estima que la depresión melancólica, la angustia, el temperamento ciclotímico condujeron a Silva al suicidio, "en un final de siglo en que muchas cosas bellas del cielo y de la tierra tocaban a su término", como escribió magistralmente Rafael Maya. Sería conveniente preguntar: ¿Por qué se mató Silva? Y para lograr siquiera una respuesta vaga, tenemos que recordar su tiempo y sus gentes. Temperamento lúcido, parecía un Nazareno próximo a la crucifixión. Y las lecturas favoritas trabajaron su espíritu para el fatal desenlace. Deudas, burlas santaferneas, de hiriente intención, la muerte de Elvira su hermana e inspiradora, la sensación de vacío en torno suyo, todo ello fue creando las circunstancias para que el poeta pusiese fin a su existencia. Había cantado la muerte en una poesía que parece urna de ceniza. De su desencantada visión del mundo nos dan cuenta los Nocturnos. Y particularmente, como lo anota Maya, su novela *De Sobremesa*, es un alegato desgarrado y patético, una visión pesimista del mundo.

En Silva el hombre asoma su faz lívida en los poemas. Autoconfesiones diría alguno. Va dejando su hilo de sangre sobre la tierra para testimoniar su paso por ella. Vida rota, su final trágico sería la consecuencia de sus fracasos. Era demasiado sensible, introspectivo, para continuar con la atroz cruz sobre el afilado hombro de *Ecce Homo*. De ahí la importancia que tiene este juicio del profesor Edmundo Rico. Porque ya no se trata de interpretaciones literarias, de resonancias en el borde de la campana, sino de una sumersión total en aquel océano de tristeza, desengaño y desolado amor por cosas y símbolos ajenos a quienes compartían su vida, su sentimiento, su visión del mundo. Ensayo éste verdaderamente original y escrito por uno de los pocos grandes hombres de letras y crítico sagaz como lo es Edmundo Rico, quien, lejos de toda lisonja, escribe una prosa veraz, sin concesiones al vulgo, robusta y diciente como la de Quevedo y cargada de intenciones estéticas deslumbrantes.

El pensamiento colombiano en el Siglo XIX.—Editorial "Temis".—Bogotá, Colombia.

La pasión del investigador ha sido predominante en Jaime Jaramillo Uribe. Escritor de sólida y diversa cultura, no deja nada a la improvisación que tantos estragos ha hecho en algunos escritores colombianos. Tiene un concepto muy claro de los fenómenos colombianos, la historia de las ideas políticas, nuestro padecer en busca de una cultura propia. Jaramillo Uribe analiza con rigor y lógica los fenómenos que han incidido en nuestra formación como pueblo. Lo prueba abundantemente este libro que ensaya un enjuiciamiento de las ideas políticas en el siglo pasado. En verdad, del confrontamiento de sistemas y de la influencia de ideas en el comportamiento social de las clases dirigentes, se puede deducir fácilmente el hecho de que en el siglo pasado nuestros abuelos se alimentaron de ideas que carecían de originalidad. En verdad, con raras excepciones, nuestros pensadores tenían los ojos y la mente puestos en otros mundos intelectuales que nos eran ajenos. Aquí se peleaba por el romanticismo huguesco como si se tratara de un árbol ideológico propio, alimentadas sus raíces con la sangre del propio corazón. Las ideas venían de ultramar y nuestros girondinos antepasados, se aferraban a ellas con desesperación.

Y era natural que la originalidad, el acento propio, la vibración intransferible estuvieran alejadas de ese bracear, ya que aún nuestra democracia política braceaba y berreaba con infanzón en su cuna. Pero si aún hoy todavía la democracia no ha logrado aclimatarse totalmente en nuestra sociedad, menos en un tiempo en el cual apenas habíamos roto las cadenas de la esclavitud y tratábamos de forjar un orden jurídico, una tabla de valores que sirviera como norma de la conducta humana. Pero no puede negarse el hecho de que los colombianos hemos luchado y padecido por las ideas germinales que entrañan un sentido de la cultura, un antemural contra la barbarie.

Esta magnífica obra, de tan hondos acentos intelectuales confirma esta aseveración. Y se destaca el solitario pensamiento de Rafael Núñez, quien, entre tanta hojarasca retórica y el hervor pasional de conductores políticos y la racha huracanada del romanticismo, vio claro y supo darle a Colombia una serie de normas jurídicas que correspondían exactamente al tiempo histórico que le correspondió vivir. Una sociedad cristiana tiene que regirse por normas morales y sistemas jurídicos que participen de lo ecuménico, sin dejar de estudiar a la persona para quien se trazan los conceptos que deben ser dinámicos y tener su pie en la realidad. Porque en América pasamos del feudalismo a la noche de los caudillos bárbaros. Acaso Colombia se libró de esa barbarie marcial. Porque se ha combatido siempre por ideas, por filosofías, sin tener en cuenta que la razón bruta ejerce su dominio sobre muchas sociedades.

El libro de Jaramillo Uribe, como decíamos al principio, no es una cartilla de vagas reminiscencias, sino un estudio serio, honesto y profundo de nuestra Patria en razón de su formación intelectual. Sin alardes de suficiencia, entregado por entero a una labor de pensador, ha cosechado frutos dorados que a todos nos enorgullecen por igual.

P. Antonio de Alcácer

Los Bari.

La cultura del pueblo motilón es un libro de suma importancia para estudiar la vida de los motilones, su tradición, sus formas de cultura, el polvo que deja la historia de un pueblo. El P. Antonio de Alcácer ha cumplido una meritoria tarea que le sabemos agradecer. Porque no se limitó a escribir este libro haciendo uso de materiales de segunda mano, sino que se encaminó a la fuente misma, convivió con los motilones, conoció sus usos y tradiciones, ya que se trata de una tribu guerrera, que ha tenido marcada hostilidad hacia el hombre blanco.

Quienes aspiren a conocer la vida del pueblo motilón, sus verdaderas esencias, su sentido de la naturaleza, sus ritos amatorios, sus leyendas, tiene necesariamente que leer esta obra que le será de suma utilidad. El padre de Alcácer ha cumplido, pues, una noble y generosa tarea.